

# CREATIVIDAD Y ARTE, UNA EMOCIÓN CONTENIDA EN EL TIEMPO

JULIO MARTÍN DE VIDALES GÓMEZ

Numerario

Salón de Mesa, 12,00 h del domingo 1 de junio de 2008

Excmo. Sr. Director

Ilmo. Sr. Alcalde de Toledo

Ilmos. señores académicos

Señoras y señores

**E**n primer lugar, quisiera, con permiso del Director, expresar mi más profunda gratitud a esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, por su generosidad al haberme elegido para formar parte de esta prestigiosa casa como académico, pues es una institución a la que siempre he admirado y respetado, y poder contarme a partir de ahora como uno más entre los miembros que la forman representa un logro largamente deseado y fuente de profunda satisfacción. He seguido su labor con admiración y respeto durante muchos años, conozco a muchos de sus miembros, que ya desde hace tiempo puedo decir que entre ellos tengo algunos amigos, y considero que con su decisión al aceptarme se crea una relación en la que siempre estará presente la gratitud por mi parte. Muchas gracias.

Antes de seguir adelante, manda el reglamento que el nuevo académico en su discurso de ingreso recuerde a quien le precedió, a quien llevó con antelación la medalla que pasa a dar categoría de numerario a los miembros de esta institución. Además de obligación, es para mi un auténtico honor recordar en esta casa a quien fuera uno de sus miembros más entregado. Al revisar la revista *Toletum* que edita la Academia y al detenerse en las memorias anuales de la institución sale constantemente al paso la labor constante y entregada de mi antecesor, don José Aguado Villalba.

Hace poco más de un año nos dejó don José Aguado Villalba, se nos fue él, pero nos dejó sus obras y sobre todo su recuerdo. Era un fiel enamorado de Toledo y de su trabajo; a ambos se entregó con esmero y pasión. Fue un gran investigador de la cerámica, y fruto de sus años de trabajo abundan las valiosas aportaciones para el mejor conocimiento de la técnica y el arte que se deben conjuntar con esmero para conseguir frutos en esta actividad artesana; estas aportaciones le valieron el reconocimiento unánime de todos los especialistas, como también de los investigadores y estudiosos de la historia del arte.

Nació en Toledo en 1919, hijo de eminentes artistas, de los que también fue discípulo aplicado. Su padre, D. Sebastián Aguado Portillo fue miembro fundador de esta Academia y también profesor en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Toledo, y en ambas instituciones le continuó su hijo. En la escuela de Artes fue alumno de prestigiosos profesores que siempre recordó, artistas de la talla de don Julio Pascual, don Ramón Pulido, don Tomás Jimena. Allí con el transcurso del tiempo y con la acumulación de méritos por su trabajo de calidad bien reconocido, llegó a desempeñar los cargos de profesor de cerámica y profesor de vidriería artística, actividades docentes que compaginó, hasta su jubilación.

Contrajo matrimonio con María Matilde Gómez Rojas, con quien tuvo dos hijas, María Rosalina y María Matilde, también ambas inclinadas al arte y a la cerámica, como su padre y su abuelo.

Este artista excelente, también profesor constante durante décadas, realizó obras excelentes en su taller de cerámica, creado por sus padres, obras que le dieron fama universal, y tenemos conocimiento de que el fruto de su trabajo está distribuido por el mundo, y que en los cinco continentes hay obras suyas expuestas para que puedan ser disfrutadas. El reconocimiento por su trabajo le llegó mediante innumerables premios, medallas de oro y plata, títulos como el de Expositor de Honor, diplomas y accésit. Por su prestigio fue reclamado en cuantas ocasiones hubo que formar jurados cualificados para evaluar obras de su disciplina, tanto en concursos locales como de fuera de nuestra ciudad. Por su parte, participó en exposiciones nacionales e internacionales, en las que su obra fue acogida con gran reconocimiento por su mérito. Su actividad de investigador incansable le obligó a asistir y presentar numerosas ponencias en coloquios, simposios y congresos.

Como permanente aval de su trabajo, obras suyas están expuestas en museos de España y otros países, presentando muestras de las diversas técnicas tradicionales o antiguas que llegó a dominar, como la cerámica de cuerda seca, la loza dorada, el reflejo metálico, con mucha frecuencia aplicando motivos que en su obra son clásicos, como los pájaros, flores y paisajes de Toledo.

En posesión de varios títulos académicos, fue propuesto para ocupar la vacante en la medalla XVIII de la Academia, que había ocupado don Emiliano Castaños. Su discurso de ingreso versó sobre la azulejería toledana a través de los siglos, pues llegó a conocer con profundidad los trabajos que en esta artesanía se habían hecho a lo largo de toda la historia toledana; a esta investigación dedicó una gran parte del tiempo de su vida. La respuesta le fue dada por don Manuel Romero Carrión, compañero suyo como profesor en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Toledo.

En su vida fue un perfecto caballero, del que siempre se podía esperar el gesto atento y delicado, la permanente rectitud, la dedicación constante a su familia y a su trabajo. Sus mociones, propuestas y sugerencias en esta Academia fueron siempre atinadas y bien acogidas por la institución.

En mi recuerdo estará siempre don José Aguado, pues cuando ingresé de alumno en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, siendo adolescente, allá por noviembre de 1969, y empecé a tratar al maestro, acudí con frecuencia a su clase de cerámica, pues muchos amigos míos cursaban su asignatura. En mi memoria permanece la imagen de la mesa de profesores, con la luz encendida, con el maestro siempre rodeado entre sus dibujos, sus apuntes y sus libros. Le traté con admiración y respeto y después de los estudios, en el transcurso de los años, nos saludábamos con enorme afectividad al coincidir en numerosos actos.

Hay un lazo de unión entre mi admirado don José Aguado y yo mismo que se quedó atado hace algunos años. Fue con ocasión de la puesta de largo de unos premios instituidos por la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, con los que querían destacar y agradecer los esfuerzos en la recuperación, conocimiento y pervivencia de los valores que forman parte de nuestra cultura y que nacieron en los tiempos en que los españoles musulmanes aportaron a nuestra cultura elementos hoy absolutamente vivos. Son los premios titulados con el nombre de una gran investigadora, Clara Delgado, que todos ustedes conocen. La representación escultural de este premio me fue encargada por la Asociación y, tras muchos estudios y esfuerzos logré crear una figura en la que entiendo que están presentes no solo las ideas y objetivos citados, sino también

la propia ciudad de Toledo, que se reconoce por el carácter artístico del elemento representado, un fragmento de arquería inspirada en las mezquitas toledanas que hoy perviven.

El primer destinatario de estos premios fue precisamente nuestro amigo don José Aguado, acreedor del reconocimiento público por una vida de mérito artístico dedicada a la investigación y el conocimiento, tanto intelectual como material, y siempre bajo la premisa de la creación artística, en la que la presencia de las tradiciones cerámicas del mundo musulmán español han estado presentes. Con honda satisfacción estuve presente en el momento de la entrega del primero de estos premios, con el que se ha iniciado una serie que espero alcance gran duración, y pude recoger un testimonio fotográfico que para mi es prueba y recuerdo de un momento de honda emoción. Entre sus cosas, en su casa y junto a su familia estará esta escultura, con la que de algún modo se estableció el lazo tiempo atrás con el que seguiremos unidos no solo en el recuerdo afectuoso, sino también en lo material.

Descanse en paz como permanece en nuestro recuerdo.

Nuevamente con el permiso del Excmo. Sr. Director, a continuación intentaré cumplir otra de las obligaciones que son preceptivas para la toma de posesión como académico de número en esta Real Institución; se trata ahora de presentar ante ustedes mi discurso académico de ingreso. Sé que entre mis mejores habilidades no está la de dar discursos; es más, creo que este debe de ser el primero al que me enfrento en mi vida con la trascendencia y la emoción que ahora siento. Pero, para evitarles a ustedes en lo posible que el trance resulte poco grato, les tranquilizo diciendo que intentaré hablar de aquello que sé hacer, hablaré de mi oficio, de mi arte y las obras que intento crear.

Para ayudarles a entender mejor lo que mis torpes palabras seguramente no puedan reflejar con la intensidad y calidad que yo deseo, también traigo ante ustedes una obra que en esta intervención me servirá de apoyo material, para que juntas mis palabras y el fruto de mis manos permitan llevarles a ustedes la emoción que como artista forma parte permanente de mi vida. Porque el discurso trata de esto precisamente, de la creatividad y del arte como emoción contenida en el tiempo.

Me resultará difícil explicar en pocas palabras lo que las emociones nacidas en el corazón me mandan, lo que el pensamiento intenta razonar y trasladar a la materia y, finalmente, lo que el trabajo de mis manos consigue realizar en cada obra de arte que sale de mi taller. Desde siempre me

recuerdo moviéndome en una realidad personal a la que me enfrento a diario, pasando desde mis sueños, a través de mi pensamiento que intenta sosegar la creación para poder darle forma, hasta llegar a la realidad material del trabajo de cada día. Esto me supone un gran cúmulo de sensaciones, entre las cuales trato de ver la concepción de las formas, buscando siempre depurar al máximo cada línea, cada trazo y cada volumen. Tengo que buscar con un esfuerzo de concentración mental, entre lo que es sensación emocionada, para encontrar al volumen y definirlo en mi mente, buscando siempre la belleza creativa, que es el fin esencial en todas mis obras. Por el contrario, también tengo que decir que ocurre a veces que, cuanto más me afeito en buscar entre la profundidad casi infinita de elementos intangibles de mi mente, esta belleza me sale al paso, encontrándola casi de forma natural y espontánea entre los elementos del propio ambiente que me rodea.

Empieza ahora un nuevo día, un tiempo nuevo con nuevas inquietudes creadoras, con nuevas y renovadas ilusiones. Tras haber dejado resuelto lo urgente, con profunda satisfacción interior por el trabajo bien hecho, he podido atender lo que para mí es de gran importancia, la redacción de este modesto discurso, inicio de mi andadura en esta casa y con el que intento hacerles llegar mi concepción de la escultura.

En estos días de mayo de 2008 me encuentro concluyendo una de las obras en las que he logrado poner con más rotundidad mi visión de la belleza, una obra expresiva y cargada de fuerza, en la que he logrado reunir muchos aspectos creativos, todos ellos cargados de significado y cada uno de gran pureza artística. La he nombrado «El Esclavo». Es una obra que inicié con un proyecto muy cuidadoso, en el que ya estaban presentes con gran riqueza numerosos detalles desde aquel lejano año de 1996. Al darle forma en el proceso de modelado con arcilla, encontré una riqueza de sensaciones y emociones, un auténtico lujo creativo en el que mis manos realizaban lo que mi mente traducía desde lo que mi propio corazón mandaba.

Esta obra de «El Esclavo» ha supuesto para mí todo un reto, reto que empieza desde sus mismas dimensiones, pues alcanza los cuatro metros de desarrollo en vertical. Esto implica siempre problemas de estabilidad que condicionan también al pedestal. Incluso su preparación obliga a un esmero especial a la hora de mantenerla en equilibrio, ya que en esta fase tan solo pude sustentarla con un armazón interior en cuadradillo de hierro, sufriendo por las complicaciones que esto supone para adaptarse a la composición de una figura en la que se representa un

intenso movimiento anatómico. Prácticamente todas las articulaciones de la figura están sujetas a un movimiento intenso y expresivo. Con esto he buscado dotar a sus manos y sus pies de gran fuerza, con detalles que denotan su fuerte poder creativo. Sería muy fácil abundar en la descripción de detalles, cada uno cargado de explicaciones plásticas llenas de emoción contenida.

Desde la concepción del proyecto me obligué a dotar a la obra de las proporciones justas, aunque para ello me encontrara en la obligación de superar otro problema, pues las dimensiones de mi taller en aquel momento eran un obstáculo para encontrar un espacio que no resultase opresivo, un lugar de trabajo que no pusiese límites a la plasmación de la obra. La solución vino con la instalación de un buen caballete dotado de movimiento giratorio; lo que me permitía la imprescindible visión en tres dimensiones de todos los puntos de la obra, haciendo accesibles todos los ángulos y perspectivas, lo que parecía difícil dado el reducido espacio en ese momento disponible. Fui culminando la totalidad del modelado en esta fase de creación, y el proceso resultó tremendamente enriquecedor, pues tras el esbozo inicial de la obra completa, pude centrarme en dotarla de una textura que trasluciese la fuerza y, a la vez, la frescura, que yo quería imprimir en este *Esclavo*. Me resultó de veras difícil tomar la decisión de dar esta fase por concluida, cerrar la fase de modelado sabiendo las complicaciones que encontraría en el futuro si quería revertir el proceso y retomar el proyecto para revisarlo en cualquier punto. Pero era necesario dar fin al modelado, pues en aquel boceto, fruto del trabajo de mis manos, finalmente había logrado plasmar, aplicando la razón y la técnica, lo que había nacido como una emoción en mi corazón.

Para mantener asegurada su pervivencia y conservación era preceptivo dar el paso siguiente, vaciar la obra hecha en barro y positivarla en resina de poliéster, con la dificultad permanente de no perder nada de su delicado equilibrio, sujetarla para que quedase intacto el trabajo de modelado de las cuidadas formas anatómicas que constituyen la figura. En mi corazón me pesaba la certeza de que podrían pasar largos años de espera, hasta lograr el paso siguiente, la fundición en bronce. Como bien decía el gran maestro que se hizo toledano por su voluntad, Victorio Macho, «El barro es la vida, la escayola la muerte, el bronce y la piedra la resurrección».

La espera para su reproducción en bronce fue interminable. Pues el alto coste que suponía su materialización era un esfuerzo que yo, en aquel momento, no tenía ninguna posibilidad de asumir por mi cuenta y riesgo. Había que seguir trabajando, abriendo nuevos proyectos y ejecutando otros

encargos, pero siempre bajo la presencia de mi obra más querida. Nada me exigía, pero su sola presencia como testigo del quehacer diario hacía llorar mi corazón, ese lugar donde tantas emociones se habían conjugado hasta obligarme a sacarla. Ver día tras día un proyecto tan querido ya realizado, pero por desgracia no materializado en su objetivo final era doloroso, y hubieron de pasar largos años. Puedo decir con auténtica satisfacción que en todo ese tiempo esa emoción inicial que puso en marcha esta obra permaneció intacta, con la misma intensidad con que había nacido.

El momento del nacimiento, mejor dicho, de la resurrección, llegó en noviembre de 2006. Temprano en la mañana cargué la escultura en el camión de la fundición, con unas manos en las que estaba presente, intacta, la emoción de su creación. El trayecto hasta su destino final fue lento y meticuloso, un recorrido sin embargo en el que no me importaba el tiempo empleado, pues curiosamente no tenía sensación alguna de prisa; todo lo contrario, pues sabía que este paso debía ser dado con toda calma.

El proceso de fundición en bronce a la cera perdida me obligaría a sacar de mí lo mejor que pudiera haber aprendido en toda una vida de escultor, tendría que ponerme a trabajar con esmero, primero en el moldeo y fragmentación de la escultura, después en la reproducción de cera de cada parte nuevamente formada, fragmentos de cera que se completarían con los necesarios bebederos, los caminos por los que ha de circular libremente el bronce hasta colmar todos los resquicios, con el cuidado preciso para evitar las bolsas de aire. Finalmente, debería cubrir la cera hasta dejarla completamente cubierta de tierra refractaria, hasta que cada fragmento quedase preparado para su introducción en la mufla.

El paso por el horno, que ocupó siete días, llevaba a la pérdida de la cera, formando el vacío ya listo para su fusión por colada en la nobleza del bronce. Al fin llegaba a «la resurrección de la obra». Un fragmento tras otro fueron pasando por el horno y recibiendo la colada del bronce hasta completar la totalidad de la obra, que empezaba a ser ya obra de material verdaderamente noble. El paso siguiente fue picar lentamente toda la obra, desmenuzando todo el revestimiento de tierra refractaria en cada uno de los fragmentos, lo que hacía aparecer las partes en que yo había dividido mi creación. Una experiencia en la que lentamente se renovaba pieza tras pieza, las que había que limpiar cuidadosamente, hasta permitirme ver la fuerza grandiosa que esta aleación y este proceso permiten imprimir al arte, testimoniados en obras que nos han llegado después de miles de años. Es algo que todavía hoy me sigue maravillando. Yo trabajo sobre la cera,

blanda y maleable, claramente percedera, y la fundición me devuelve mi obra en bronce, transmutada en una pieza casi inmortal. Así nos lo acreditan las esculturas que, por fortuna, algunas veces la arqueología submarina o la simple suerte de algún marinero, nos devuelve del fondo de los mares, donde han morado silenciosas durante miles de años. Y se recuperan prácticamente intactas, sin que siglos en las profundidades hayan logrado apenas dañarlas, tan solo con la nueva vestidura de un manto de corales marinos, como de terciopelo, aportando nuevas maravillas del pasado para construir la cultura que nos mejora y nos ayuda para el futuro.

Una vez limpios todos y cada uno de los fragmentos de mi escultura se inicia una nueva labor, tremendamente enriquecedora, para mí apasionante, pues consiste en la recuperación de la obra en su forma completa, repasando y ajustando todas las piezas para proceder a unir las con hilo continuo de soldadura de bronce, de la misma aleación que las piezas fundidas, hasta lograr una unión perfecta entre todos los fragmentos.

Todos estos procesos me llevan al momento actual, el de hoy y el de estos días cercanos, en los que me aplico con todo el esmero y cuidado de que soy capaz para repasar y cincelar el bronce. Hay que dejar unificada la textura del modelado, y para ello hay que igualar las soldaduras. Es apasionante, pues cada paso me acerca a ese día, ya inmediato, en que podré darle la oxidación final, el proceso que unificará la gama de tonos hasta lograr el efecto visual con el que yo he concebido mi creación desde mi corazón. Y, finalmente la subiré a su pedestal granítico y se dará fin al montaje definitivo. Lo que espero que no tarde en llegar, pues mis deseos de verla tal y como la sentí dentro de mí, cada día son más apremiantes.

Hasta que ese momento llegue he de buscar otras nuevas formas de expresión artística. Y la calidad y la riqueza de posibilidades de este trabajo, de este Esclavo, son tantas, que he encontrado a partir de él una vía de creatividad sobre un fragmento de entre el total que componen la obra. Su personalidad es tal que he podido individualizarlo, ha dejado de ser fragmento para pasar a ser un todo por sí solo, una obra completa y cerrada. Se trata de «El Torso», la obra que hoy tienen ante ustedes y que para mí es un honor que pase a formar parte de los fondos permanentes de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas que con tanta generosidad me acoge.

Retomé de nuevo la vía de la creatividad para este fragmento, realizando un trabajo de recuperación sobre el boceto original, hasta formar



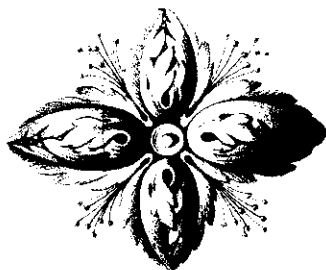
un positivo a la cera. Con el trato delicado que pide la obra, he buscado para su composición un elemento que es a la vez el eje de sujeción. Se trata de un fuste en piedra granítica, que ha salido de la cantera con las técnicas artesanales que manda la tradición de la cantería, mediante el uso del viejo y efectivo sistema de las cuñas. Con ello se consigue quebrar la piedra, pero no pierde con ello la fuerza de su naturaleza cuando se parta, ya para siempre, de la roca madre que ella mismo formó durante millones de años.

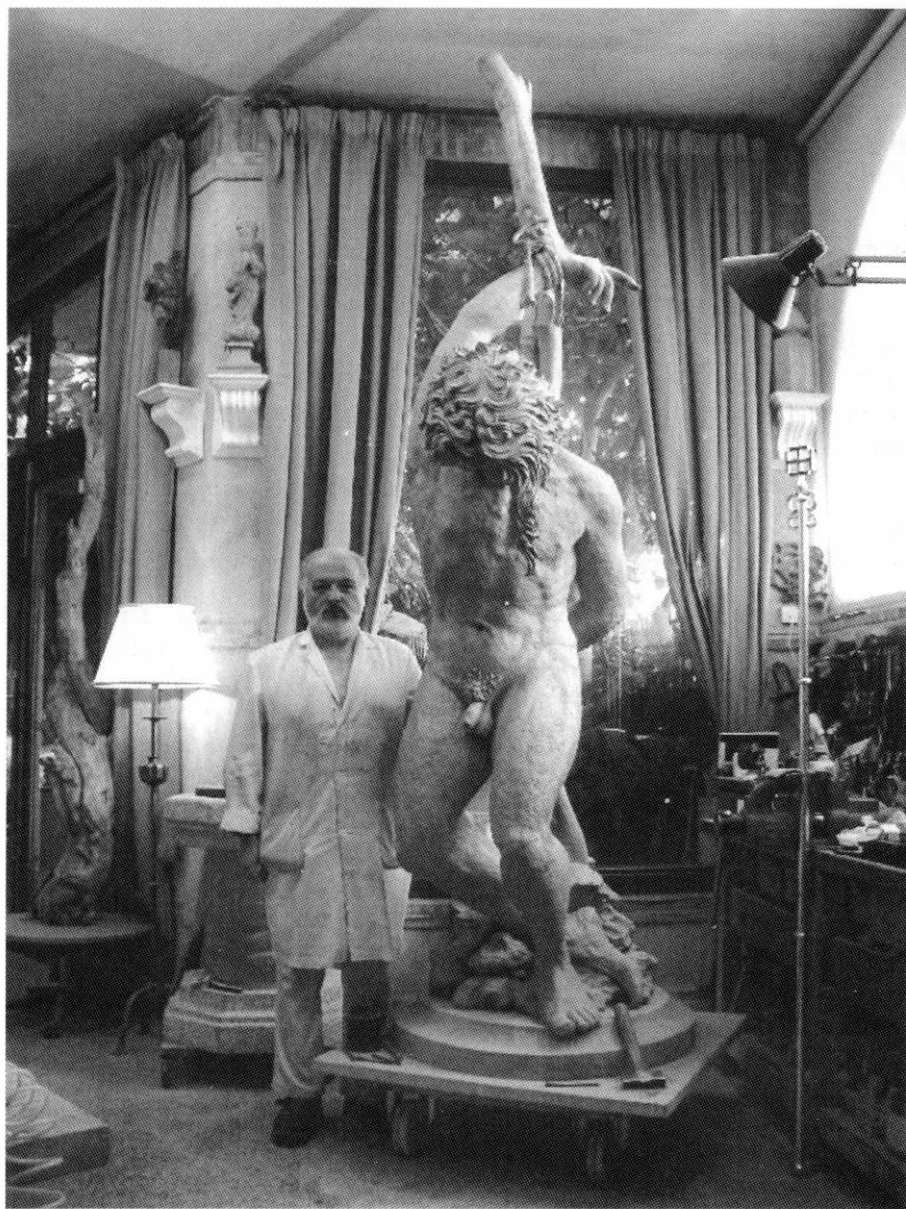
Los mismos pasos de respeto a la pureza de la creación artística que seguí para el esclavo, han sido los pasos que he dado para crear esta nueva escultura. Tras la fundición, he repasado y he cincelado el bronce. Además, en este caso he acoplado y ajustado la escultura de bronce al fuste de granito, que la atraviesa de arriba abajo, consiguiendo que el torso aparezca a la vista como suspendido en el aire, presentándose elegante y sin ataduras, sin el artificio de puntos de apoyo que quiebren su superficie o prolonguen su forma hacia abajo, una forma que es para siempre completa en sí misma.

El paso final ha consistido, en oxidarla para lograr la textura y colorido deseado, y, como colofón, ha sido montada en su pedestal para lograr una percepción visual plenamente contemporánea.

El aspecto que hoy presenta puedo decir que satisface completamente mi sentido de la expresión plástica, mi forma de entender mi obra. Con ella intento comunicar al mundo exterior la fuerza creativa y el sentido profundo del arte que me acompañan siempre. Con esta obra, una vez más, como cada día, estoy manteniendo la emoción contenida en el tiempo.

Muchas gracias por su atención.





## El Esclavo

*La inspiración de mi discurso de ingreso en la Real Academia de  
Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.*

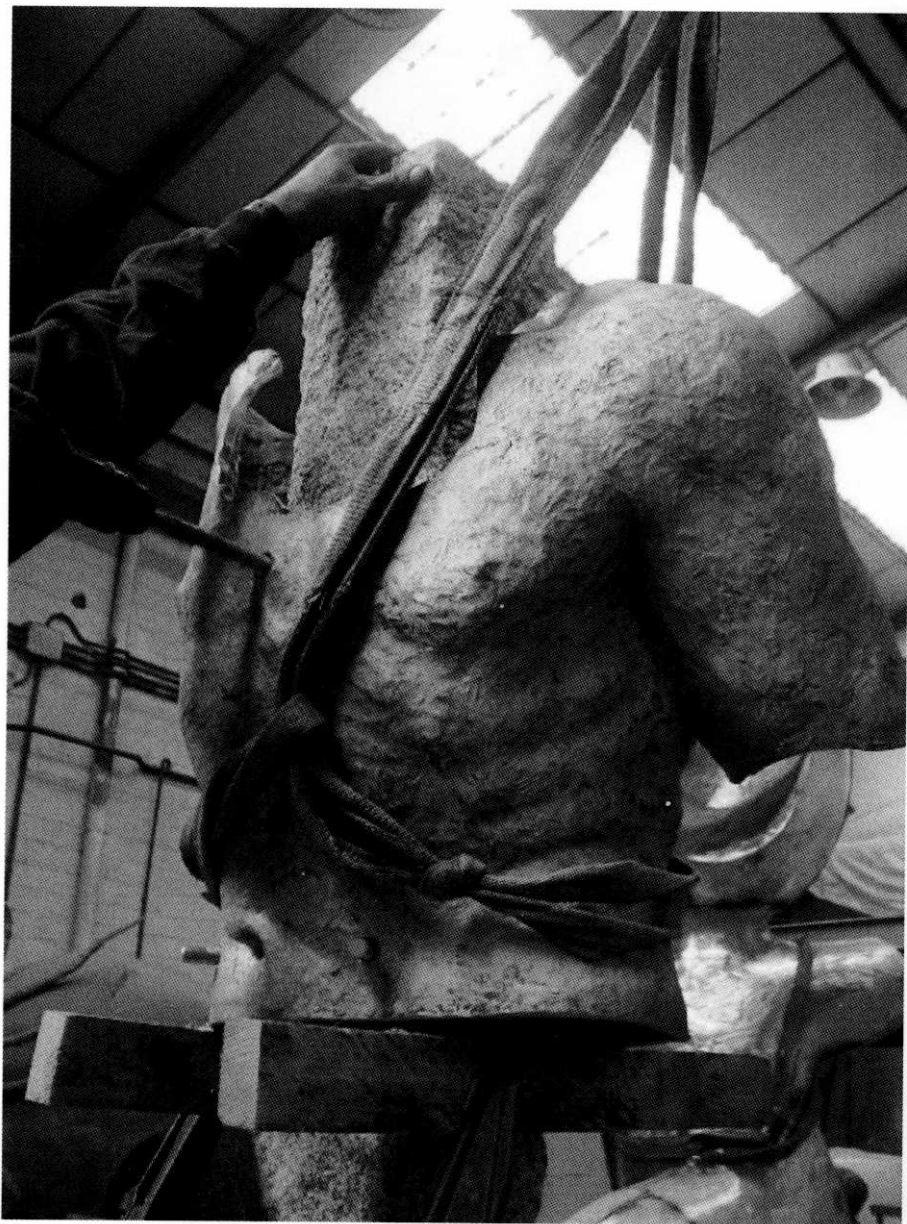
*Escultura en Bronce realizada en tres metros de altura.*



## El Torso

*Fragmento del Esclavo.*

*Modelado y repaso para su fundición a las ceras perdidas.*



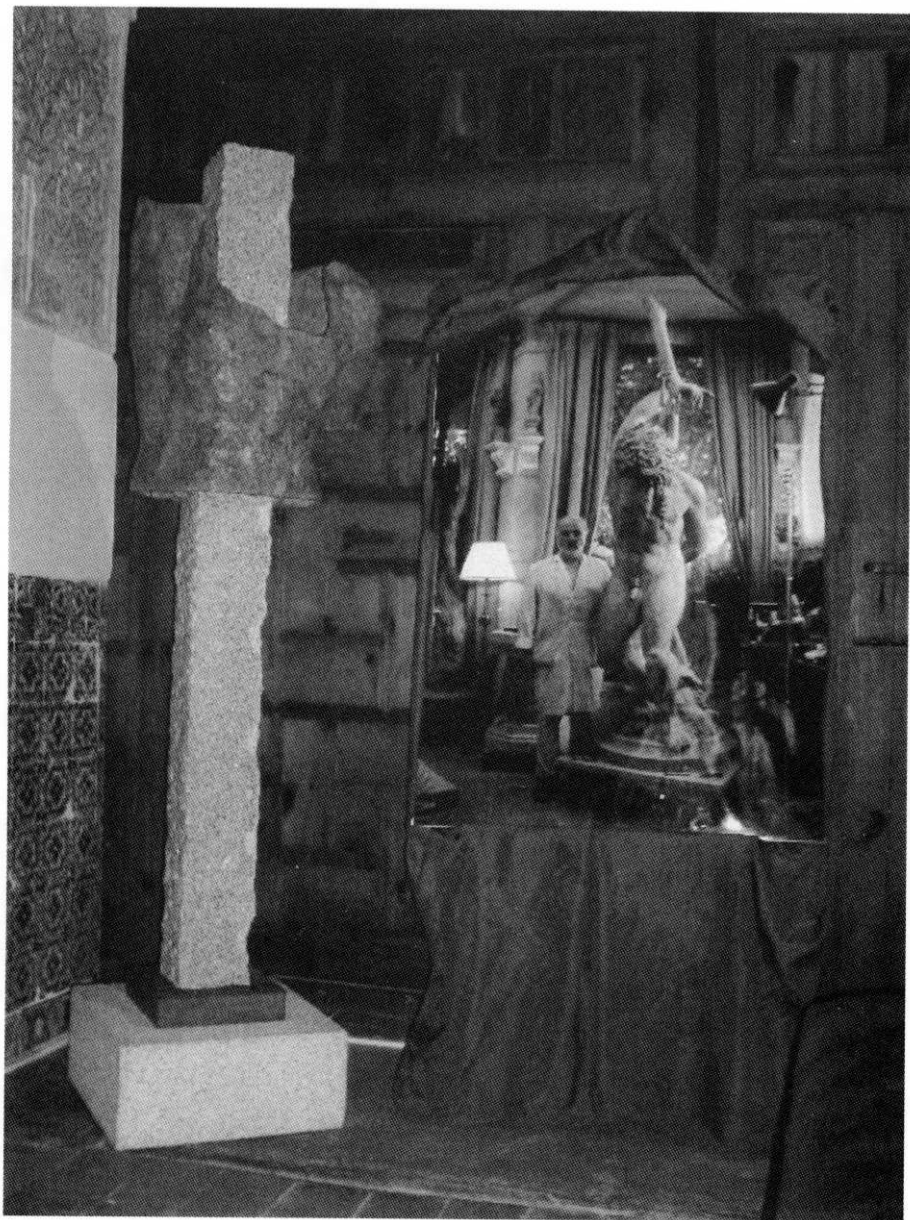
## El Torso

*Ajuste del Bronce al fuste de piedra granítica.*



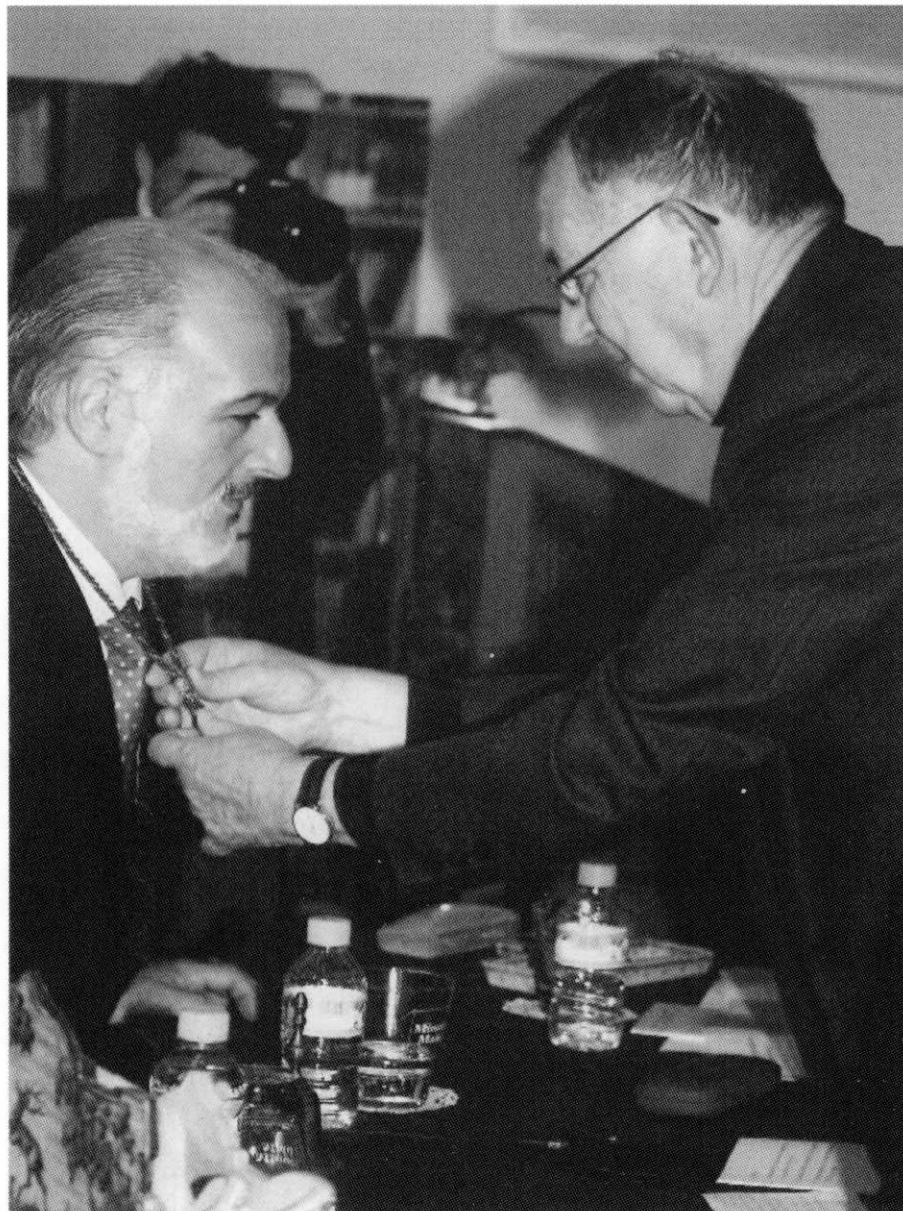
## El Torso

*Descarga de la obra escultórica en la Plaza de la Cruz,  
próxima a la Real Academia.*



## El Torso

*Presentación del Torso en el Salón de Mesa de la Real Academia,  
junto a la fotografía del Esclavo.*



### Acto Académico Salón de Mesa

*Imposición de la medalla N.º XVIII de Numerario por el  
Excmo. Sr. Director de la Real Academia D. Ramón González Ruiz.*

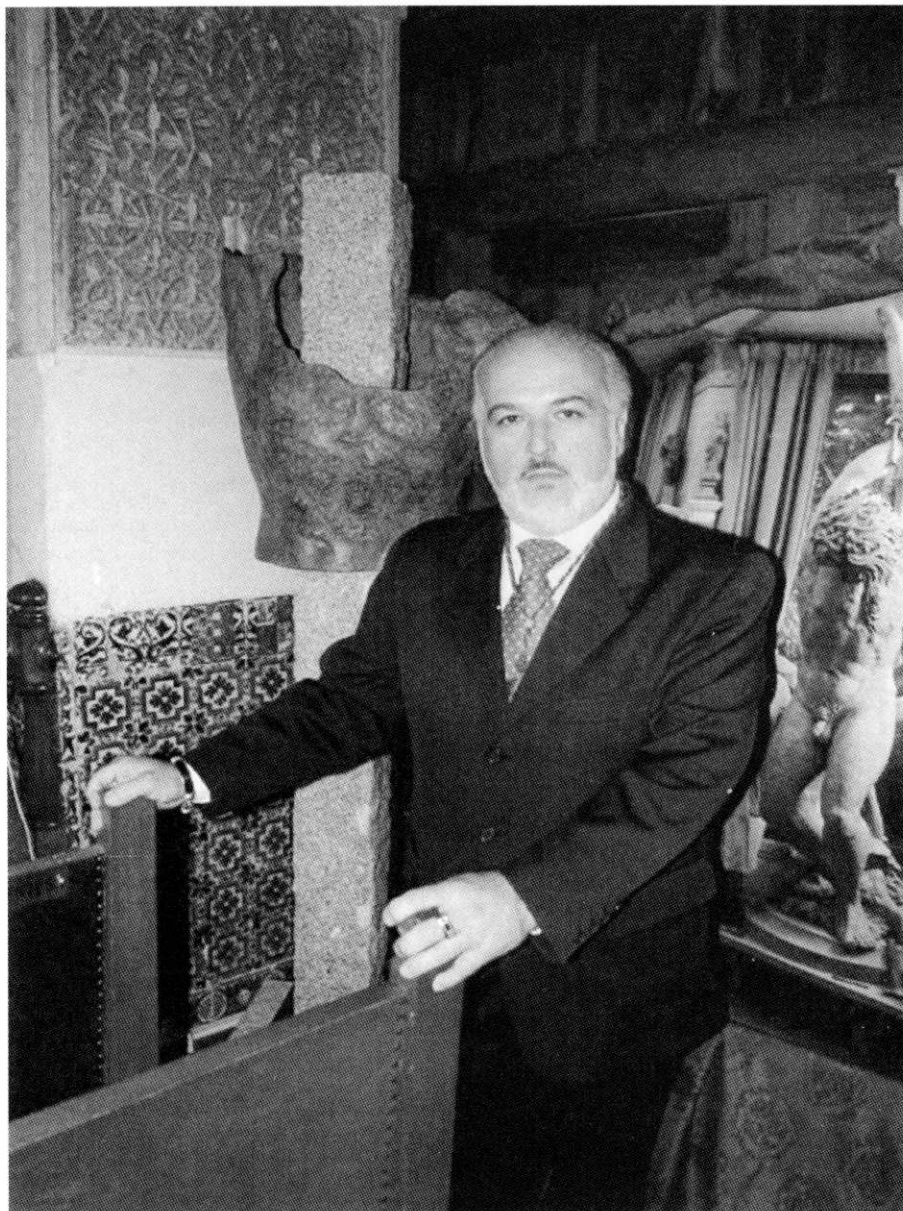


## El Torso

*Escultura ubicada en la antesala del Salón de Mesa.*

*Donación del autor en su toma de posesión como Académico Numerario.*





Julio Martín de Vidales Gómez

*Mis obras y yo.*